



Jacqueline de Durand-Forest

“Miguel León-Portilla, In nelli teixtlamachtiani”

p. 257-260

*In Ihiyo, in Ilahtol. Su aliento, su palabra.  
Homenaje a Miguel León-Portilla*

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

El Colegio Nacional

Instituto Nacional de Antropología e Historia

1997

366 p.

ISBN 968-36-5957-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 16 de abril de 2018

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/in\\_ihiyo/334.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/in_ihiyo/334.html)

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## MIGUEL LEÓN-PORTILLA IN *NELLI TEIXTLAMACHTIANI*

JACQUELINE DE DURAND-FOREST

Fue en el transcurso del año universitario 1958-1959 cuando conocí al profesor Miguel León-Portilla. Yo acababa de conseguir una de las tres primeras becas otorgadas por el Gobierno Mexicano, o más exactamente por la UNAM, para los estudiantes franceses.

Mientras una de mis dos compatriotas debía dedicarse a la economía mexicana y la otra a la literatura (a Alfonso Reyes, en particular), yo tenía como labor seguir mis estudios en etnohistoria de México, que había emprendido bajo la dirección de Jacques Soustelle.

Después de una travesía en el Atlántico —en un buque mercante mixto italiano—, la cual me pareció que duraría una eternidad (unos 42 días), llegué pues a México en marzo de 1958. Con las recomendaciones del profesor Guy Stresser-Péan, me puse rápido en contacto con los maestros Ignacio Bernal y Wigberto Jiménez Moreno y empecé a asistir a clases en la ENAH. Pero pronto el responsable del servicio de becas de la UNAM me informó de la existencia del Seminario de Cultura Náhuatl y me sugirió matricularme en él y tomar parte en sus actividades. Fue así como conocí al profesor Miguel León-Portilla.

Aunque me cuesta, no podré dejar de hablar de mí misma, pues resulta cierto que la personalidad humana y científica de este maestro iba a ejercer una influencia determinante en mi vocación de mexicanista y con la continuación de mis investigaciones.

Cuando tuve trato con Miguel León-Portilla, éste dirigía el Seminario de Cultura Náhuatl que había fundado el año anterior con el padre Ángel María Garibay. Me acogió en él muy calurosamente, incluyéndome en seguida en el grupo de estudiantes asiduos a las reuniones semanales del Seminario, entre los cuales figuraban Alfredo López Austin, Selma Anderson, Alberto Estrada Quevedo y Jorge A. Manrique. Con el dinamismo y entusiasmo a los cuales nunca renunció, Miguel León-Portilla nos hacía traducir en común un texto en náhuatl, cuya traducción debatíamos verbalmente —la salpicaba con consideraciones pertinentes—, lo que engendraba una emulación sana y grande. Por otra parte, sin embargo, cada uno de nosotros preparaba un trabajo personal que iba a publicarse en el volumen II de *Estudios de Cultura Náhuatl*.

Fue así como, con los consejos de Miguel León-Portilla y su dirección,

emprendí la traducción al francés y el comentario de uno de los *Huehuetlatolli* recogidos por Sahagún y sus informantes indígenas, publicado con el título de “Discurso de la madre azteca a su hija”.

La suerte quiso que unos treinta años más tarde prosiguiéramos nuestro común estudio de los discursos morales de los aztecas. Se trataba, esta vez, de los *Huehuetlatolli* recogidos por fray Andrés de Olmos, de los cuales Miguel León-Portilla, en ese entonces embajador de México ante la UNESCO, había aceptado preparar una edición francesa; a mí me confió la tarea de traducirlos a la lengua francesa y él mismo se encargó de presentarlos. Para mí fue ocasión de volver a ver varias veces a Miguel y Chonita, su esposa, de reanudar con ellos lazos profundos en el plano tanto profesional como afectivo. Porque, a pesar de actividades muy exigentes en Francia como en el extranjero, Miguel siempre tenía tiempo que consagrar a los amigos y a los investigadores que deseaban consultarlo. Así que pudimos, en varias ocasiones, intercambiar nuestros puntos de vista sobre problemas surgidos en el curso de nuestras indagaciones o sobre recientes publicaciones. Llamó mi atención respecto a varias de ellas, igual que no hacía mucho que me había permitido descubrir los primeros volúmenes del *Códice Florentino*, cuya traducción en inglés habían emprendido Charles E. Dibble y Arthur J. O. Anderson, así como algunos trabajos de la escuela mexicanista alemana, en particular el *Gliederung des Alt-Aztekischen Volks in Familie, Stand und Beruf*, de Leonhard Schultze Jena, tan útil para mis investigaciones pendientes sobre los artesanos aztecas. Es preciso recordar, en efecto, que en la época numerosas fuentes antiguas todavía se encontraban inéditas o agotadas; Sahagún no escapaba a la regla porque, salvo su *Historia general*, que habían publicado Acosta Saignes en 1955 y Garibay en 1956, su obra —por lo menos lo que Paso y Troncoso había sacado a luz de ella— era difícilmente accesible.

Detrás del personaje oficial, volví a encontrar al profesor afable y entusiasta, cuya capacidad de comprender me había impresionado cuando trabajaba bajo su dirección y que se debía no sólo a su formación de humanista clásico y de filósofo, y a sus avanzados conocimientos lingüísticos, sino también a su gran curiosidad intelectual anunciadora de la obra científica que conocemos. En efecto, después de una tesis sobre la *Filosofía Náhuatl* presentada en 1956, Miguel León-Portilla se interesó por otros aspectos del pensamiento y de la cultura azteca, en tanto que, a continuación de Garibay, proseguía el proceso de recuperación, traducción y publicación de los textos en lengua náhuatl, particularmente de los recogidos por Sahagún y sus informantes indígenas.

Así, en 1958 publicaba *Ritos, sacerdotes y atavíos de los dioses* y en 1959 la *Visión de los vencidos*, es decir textos de contenido muy distinto, ya que el primero describía los ritos y atavíos de las divinidades y el segundo los testimonios de los aztecas sometidos al yugo español.

Como la materia es muy amplia, hubiéramos podido pensar que

Miguel se limitaría al estudio de la lengua y de la literatura nahuas, las cuales deseaba —como lo hacía notar a menudo en su Seminario—, si no renovar sí por lo menos hacer más auténtico nuestro conocimiento del pasado precolombino, puesto que las debíamos a informantes indígenas, aun cuando éstos hubieran sido, en el caso del *Códice Florentino*, por ejemplo, dirigidos e incluso controlados por un maestro de obras tan notable como Sahagún. Porque Miguel León-Portilla siempre se esforzó por “dar su parte a las cosas”, negándose a abundar en la vía de las tendencias radicales, tan ampliamente seguida hoy en día. Así, para tomar el ejemplo más extremo, quizás, no rechaza en bloque, como tantos otros, el aporte de los cronistas españoles, sospechosos, en virtud de esfuerzos sistemáticos, de haber falsificado o desconocido la realidad indígena.

Además, Miguel se interesó muy particularmente por las actividades y por las obras de algunos de ellos, tanto consagrándoles artículos y ensayos (como en los casos de Olmos y Sahagún), como prologando y a veces colaborando en la edición o reedición de sus obras (*Códice Florentino*, *Monarquía indiana* de Torquemada, *Obras históricas* de Fernando Alva Ixtlilxóchitl e *Idea de una nueva historia* de Lorenzo Boturini). Aquí no se cuentan las artes, reglas o gramáticas de la lengua mexicana a cuya reedición Miguel contribuyó (Molina, Olmos, Carochi, Clavigero, etcétera).

Su interés por el náhuatl incluye no sólo la lengua clásica en todas sus formas (poesía, textos históricos, filosóficos, morales, religiosos), sino también el náhuatl colonial, el pipil de Guatemala, los *nahuatlismos* pasados en la lengua española o aun el náhuatl de los textos apologéticos —pensamos evidentemente en el *Libro de los Colloquios*, del cual ofreció una versión en español (México, 1986).

Las relaciones entre la lengua y la escritura aztecas no podían dejar de llamar la atención de este especialista, como lo atestiguan varios artículos unos relativos a la *toponimia náhuatl* y sus representaciones glíficas. Siempre animado por la misma preocupación de volver a encontrar las creencias, las tradiciones de los antiguos mexicanos, Miguel León-Portilla se dedicó también al estudio de los códices, al coeditar un *Catálogo de los códices indígenas del México antiguo* y al dar una interpretación del *Códice Fejérváry-Mayer*, del que ciertas particularidades le parecieron propias de un *tonalamatl* para uso de los pochtecas.

Sería vano y fastidioso recargar este panorama de los temas en los cuales se detuvo Miguel León-Portilla. Vemos a las claras que ninguno de los aspectos de la lengua ni de la cultura nahuas se le escaparon. Es evidente que tal curiosidad intelectual y tan grande actividad científica no podían dejar de atraer a los estudiantes mexicanos, americanos, franceses, belgas, suecos, etcétera, que frecuentaron el Seminario de Cultura Náhuatl desde su creación hasta hoy día y de los cuales “algunos son ya maestros y doctores en la materia”, como lo escribe Ascensión Hernández de León-Portilla (Chonita), en su *Tepuztlahcuillo* (México, 1988, t. I, p. 184).



Por fin hay que notar, y no es el menor de sus méritos, que este Seminario llamó la atención, desde hace algunos años, de estudiantes cuya lengua materna es el náhuatl, contribuyendo así a un nuevo florecer literario de esta lengua denominado *yancuic tlahtolli* (la nueva palabra).

No se podría, para acabar, disociar el Seminario de Cultura Náhuatl de la revista *Estudios de Cultura Náhuatl*, que fundaron el 1959 Ángel María Garibay y Miguel León-Portilla y de la cual este último asumió la responsabilidad principal desde entonces. Única en su género, esta publicación de alcance internacional ha sido a la vez el fermento de investigaciones agudas en el campo lingüístico, literario, etnohistórico y arqueológico, y el instrumento privilegiado de múltiples estudiosos, tanto mexicanos como extranjeros, para darlas a conocer.

El número 25 de *Estudios de Cultura Náhuatl*, publicado en 1995, el último hasta la fecha, lo ilustra perfectamente, puesto que conmemora los cincuenta años del Instituto de Investigaciones Históricas, del cual depende el Seminario de Cultura Náhuatl que reúne los trabajos de especialistas tan prestigiosos como Charles E. Dibble, Arthur J. O. Anderson, Georges Baudot, Rudolf van Zantwijk y, por supuesto, Miguel León-Portilla, por sólo nombrarlos a ellos.

Se debe mencionar también la parte importante que asume Ascensión Hernández de León-Portilla en la elaboración de la referida revista, no sólo por los artículos que publica en ella, sino por las informaciones que nos proporciona sobre ediciones recientes relativas a la lengua y la literatura nahuas.

Deseemos pues larga vida a la revista, al Seminario del cual se deriva y también, sobre todo, a Miguel León-Portilla, quien lo anima.